

ÁTOMOS, HOMBRE Y DIOSSES. ESTUDIOS DE FILOSOFÍA GRIEGA

(Introducción)

El interés hacia el mundo clásico se despertó pronto en mí gracias a algunos buenos maestros de humanidades de mi ciudad natal, Almería. Sin embargo, mi dedicación a la filosofía griega comienza de un modo bastante autónomo, una vez finalizada la licenciatura en la Universidad Complutense de Madrid; de hecho, la segunda parte de «La Ética de Sócrates y su influencia en el pensamiento occidental» la redacté en 1970 como trabajo personal de investigación. Por desgracia, en la sección de Filosofía de mi Facultad todavía campaba a sus anchas por aulas y seminarios el fantasma de un desvaído neoescolasticismo que había borrado el camino de renovación cultural emprendido años atrás por pensadores como Ortega, Gaos y Zubiri.

Con mi estancia en Londres durante el curso 1970-71, donde estudié el atomismo antiguo tan intensa como plazeramente, di un giro a mi vida intelectual que no he abandonado desde entonces. La filosofía griega ha constituido en estos casi 20 años transcurridos un núcleo de interés permanente y mi ocupación central docente e investigadora como profesor de historia de la filosofía, primero en la Universidad de Málaga (años 1971 a 1983) y después en la UNED (desde el otoño de 1983 hasta hoy). De los helenistas británicos aprendí a ver con nuevos ojos el pensamiento griego; a valorar, ante todo, el propio texto, en contra de nuestra pobre tradición historiográfica siempre oscurecida por una bruma de manuales empeñados en hacernos olvidar el mar vivo de la escritura filosófica y el horizonte histórico del que ésta surge.

Como el campesino que en el verano se dispone para la siega, así reúno yo ahora los trabajos de varios años en esta gavilla literaria. No sé si a mi esperanza corresponderá una mies granada. En todo caso, la unidad del libro viene dada por el objeto general sobre el que versa, es decir, la filosofía griega, y por la metodología historiográfica en que se inspira. También creo que aparecerá manifiesta en estas páginas una cierta diversidad de autores, de temas y de perspectivas que, al mismo tiempo que expresión de un desarrollo intelectual, no oculta las contradicciones del proceso. He preferido mantener prácticamente la redacción inicial de los artículos pues, aunque podría introducir ahora nuevos matices, reflejaban mi modo de ver los problemas en la fecha de su primera publicación, que asumo globalmente todavía. Sólo me he permitido modificar un artículo «Los dioses de Aristóteles», porque he creído necesaria una ampliación del texto original en el que la teología aristotélica servía únicamente de punto de referencia respecto al pensamiento de Maimónides.

Según sugiere intencionadamente el título del libro, a tres géneros de problemas dedico atención principal en esta panorámica fragmentaria del pensamiento antiguo: a la física, a la antropología y a la teología. Bien entendido que dentro del ámbito helénico, al que no conviene identificar sin más con el del mundo moderno. Así, la física o filosofía de la naturaleza comprende tanto al atomismo democríteo como a la psicología aristotélica; la antropología incluye, a su vez, cuestiones ético-políticas; y la teología es, en

sentido estricto, *theo-logía*, o sea, reflexión filosófica sobre el concepto de divino sin conexión orgánica con religión positiva alguna.

Quisiera advertir también sobre la especificidad de los tres últimos trabajos. El último de ellos no está dedicado a un filósofo o escuela filosófica sino, excepcionalmente, a dos helenistas británicos de orientación marxista, Farrington y Thomson, cuyos análisis críticos han influido notablemente entre los estudiosos europeos. Por otra parte, los trabajos sobre la antropología epicúrea en Lucrecio y sobre el estoicismo tienen un objetivo limitado: constituyen en realidad notas informativas para que el lector pueda estudiar por su cuenta los respectivos temas.

Aunque la actividad teórica es la más autárquica de todas, como ya observó Aristóteles, no podría haber llevado yo a término el esfuerzo condensado en estas páginas sin la generosa ayuda de diversas personas e instituciones. Vaya, pues, mi vivo agradecimiento a Javier Muguerza y Eloy Terrón de quienes aprendí en mis años de estudiante universitario cómo ejercer la libertad de pensamiento incluso en circunstancias adversas; y a Celia Amorós y Jacobo Muñoz, de la Universidad Complutense de Madrid, con quienes he dialogado con provecho de muchos de los temas aquí expuestos.

Emilio Lledó merece un reconocimiento especial. Por su talento hermenéutico, por su singular capacidad para descubrir nuevos horizontes especulativos desde el suelo del lenguaje, de la vida, de la sociedad, y por saber transmitir un tan profundo entusiasmo por el mundo griego, lo considero maestro de helenistas con quien la historiografía filosófica da un giro copernicano en nuestro país. Mi manera de ver la filosofía sería mucho más pobre de no haber contado con su magisterio.

Obligado me parece asimismo manifestar mi admiración por Manuel Sacristán, cuya obra y cuyo testimonio de coherencia moral e intelectual han de prevalecer sobre la mediocridad de nuestra vida académica. Sus escritos, localizados con dificultad en el pasado, influyeron en mí tempranamente; su recuerdo no se borrará de mi memoria

No olvido tampoco a mis alumnos de la Universidad de Málaga, que estimularon mi sentido crítico.

La institución que más me ha ayudado a renovar mi metodología historiográfica y a otear nuevas perspectivas en el pensamiento griego ha sido el «Istituto Italiano per gli Studi Filosofici» con sede en Nápoles, gracias a cuya generosidad participo desde hace varios años en cursos de filosofía antigua y medieval. Agradezco de modo singular a su presidente, Gerardo Marotta, al secretario general, Antonio Gargano, y al director de la «Scuola di Studi Superiori in Napoli», Tullio Gregory, por haberme permitido entrar en contacto con una institución como el «Istituto», ejemplar en Europa por la amplitud y riqueza de su actividad filosófica.

Finalmente, me es muy grato señalar las Bibliotecas cuyos fondos clásicos he podido utilizar en la preparación de este libro: «University of London Library -Senate House», «University College London Library», «Biblioteca Nazionale» de Nápoles, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga, Biblioteca del Seminario de Metafísica de la Universidad Complutense y Biblioteca General de la UNED. Gracias a la dirección y personal de todas ellas por las facilidades recibidas.

Desearía, por encima de todo, que los estudios aquí reunidos atraigan a un número creciente de lectores, sean o no alumnos de las Facultades humanísticas, hacia ese manantial de cultura que representa históricamente el pensamiento griego. Espero, además, contribuir modestamente con esta obra a la necesaria actualización de nuestra historiografía filosófica.

ANDRÉS MARTÍNEZ LORCA

Madrid, junio de 1988